

mo que emana de un espíritu naturalmente plácido y puramente curioso.

Deberemos señalar el acierto de aquella página en que un bote tripulado por muchachos se defiende de una mar enfurecida, lo que demuestra la tendencia del escritor, y asimismo, la beligerancia de tantas vidas ofrecidas al azar de un mundo en que la conciencia no existe y el corazón se entrega a cada miraje tentador.

Ciertamente, el temperamento de Guerrero habrá de despojarse en el futuro de esa pesadez que abrumba el ambiente y la trayectoria de sus tipos, y ahoga el impulso que precipita las fuertes emociones. Esta gimnasia que para el escritor significa «Faluchos», habrá de darle esa soltura tan necesaria a sus próximos trabajos, y necesaria asimismo al grueso de la literatura chilena, presa con frecuencia en un localismo primario. La atmósfera que emana de una sensibilidad cultivada y penetrante imprimirá alta e insospechada vibración a nuestra literatura.—
L. Y.



<https://doi.org/10.29393/At257-258-315OAAV10315>

CON LOS OJOS ABIERTOS SOBRE LAS TRES AMÉRICAS, por *Walterio Meyer Rusca*

Mi buen amigo don Walterio Meyer Rusca, ha tenido la gentileza de enviarme su libro recién publicado «Con los ojos abiertos sobre las tres Américas. Diario de mi viaje».

Carece el autor de pretensiones literarias, y si se ha largado al campo de la publicidad, ha sido sólo por su afán rotario, de dar de sí, sin pensar en sí. Unas palabras a manera de prólogo del malogrado periodista y gran rotario Arnaldo Márquez, nos dan a conocer al autor, Ingeniero suizo «aclimatado y superchilenizado» y nos cuenta cómo consiguió vencer sus escrúpulos para titular a su libro «Con los ojos abiertos». Estas palabras

amables y sabrosas, como todo lo que escribía Arnaldo Márquez hilvanadas al calor de su afecto a Don Walterio, ponen una nota emocionada que nos sigue al comenzar la lectura de la obra. Fueron escritas por Arnaldo poco antes de morir.

Particularmente a los que hemos hecho el mismo recorrido, con igual misión a los Estados Unidos, los recuerdos evocados por don Walterio nos hacen revivir momentos de grata emoción. Desde la partida del avión de la Panagra, bajo cuyo servicio empieza el viajero a practicar el extraño deporte de las madrugadas, hasta su llegada a tierras de la Unión y su regreso, el autor nos hace en breves frases felices, ver cada uno de los recuerdos del viaje inolvidable.

Sin pretensiones de escritor, don Walterio hace el escritor espontáneo, magnífico en ciertas ocasiones; algunos errores gramaticales dan mayor simpatía al relato que siempre es liviano y seductor. Situado en un terreno absolutamente neutral, con gran independencia de criterio, juzga lo que ve, descarnadamente, pero lo hace en forma constructiva, comparándolo todo con su segunda patria que también llama su terruño. Añora muchas veces su clima maravilloso y en otras ocasiones lamenta que todavía no se introduzcan en Chile los adelantos que vió en algunos de los países visitados.

Con los ojos abiertos contempla el panorama de las tres Américas. Llevando en su alma las condiciones del poeta cósmico, del panteísta moderno, mira con ojos de geólogo las caprichosas formaciones de las altas montañas que visita; sueña con los cataclismos ocurridos hace millones de años y en ciertas ocasiones en que le es imposible explicarse la presencia de ciertas rocas en el paisaje, exclama: «¡Cuánta falta me hace un geólogo! ¡Lo acosaría a preguntas! Y más adelante refuerza esta idea después de haber explorado gran parte de las ruinas incásicas y preincásicas en la sierra peruana: «Lástima que el resto de mi vida sea tan pequeño, siendo que el Perú es tan grande». Si pudiera cumplir mi deseo de regresar, no partiría sin publicar previamente

en los diarios un aviso del siguiente tenor: «Búscase un compañero de viaje para el Perú, que sea geólogo y que entienda también de Botánica».

Es posible que don Walterio se sonría, cuando yo sostengo que podría clasificársele entre la categoría de los poetas cósmicos; puesto que todos creen que los ingenieros, hombres de cerebro matemático, están divorciados del ensueño y la poesía. Sin embargo, como digo, en su libro se revela un poeta de la naturaleza; hombre de sensibilidad fina, que queda sobrecogido de emoción ante la pétreo sinfonía de las montañas y el viento, y en general ante los espacios inmensos. Dice por ejemplo: «Llevo tres semanas de estada al otro lado de la línea ecuatorial, y el cielo nublado y empañado de las grandes ciudades, no me brindó el placer y la sensación de contemplar las estrellas de mi infancia. ¡Cuán grande sería mi alegría cuando fuí sorprendido por el brillo de la Osa Mayor».

Le place el estudio de la Botánica porque ama la belleza de las flores y con sus ojos muy abiertos viaja captando el paisaje vegetal y comparándolo con nuestro país que es todo entero un jardín florido. A cada momento hace detenerse al auto que lo lleva en su peregrinaje ansioso, para extasiarse en la contemplación de una flor, de un cactus, de un árbol gigantesco y coge semillas de plantas tropicales para su jardín de Mulpulmo. Después de recorrer una inmensa extensión en ferrocarril dice: «Entre New Orleans y Chicago, o sea un trecho igual al de Puerto Montt hasta Ovalle, (mil seiscientos kilómetros) no me ha sido posible descubrir un solo árbol frutal, ni un solo modesto jardín. «¿Por qué perder trabajo en el cultivo de flores, cuando esto no significa business?». Y agrega más adelante: «¡Qué felices somos nosotros en Chile y cuán humano y bello nuestro policultivo! En los países sudamericanos y en especial en el nuestro, el inquilino más pobre posee una huerta. En Chile no hay mujer por pobre que sea, que no cultive en un tarro mohoso algunas flores, en el marco de la ventana de su rancho humilde».

Las antiguas civilizaciones americanas cautivan su atención y nos relata en su libro la portentosa hazaña de su recorrido turístico por alturas que oscilan entre los dos mil y los cinco mil metros, por caminos de cientos de kilómetros bordeados de precipicios «que hacen erizarse los pelos». Y nuevamente es el poeta cósmico que hunde su mirada en el pasado de la humanidad, para quedar perplejo de las obras realizadas por los hombres. Frente a las ruinas de Saczahuaman exclama: «al contemplar esta obra titánica, que ha desafiado los siglos, tal vez miles de años, y también terremotos devastadores, uno se siente invadido por una sensación de grandeza de fuerza ilimitada y de señorío». Queda con estas observaciones, demostrada la calidad poética profunda del autor. Pero, aquellos que lean este pequeño libro tendrán oportunidad además de gozar del humorismo, de la chilenidad, de este fuerte vástago de la Suiza legendaria y de su crítica directa, franca, valiente.

Las dificultades de un «trip» a los Estados Unidos en los últimos tiempos de guerra, es un hecho que nadie negará. Comenzando por las prioridades y de las madrugadas del viaje en avión y continuando con las visaciones consulares, con las aduanas, los permisos de salida y las reservaciones. El autor narra todos sus percances y se queja en forma humorística de ellos. Cuenta por ejemplo cuando al partir de Los Angeles a Méjico y faltando sólo veinte minutos para la partida del avión: «un yanki mal agestado, le devuelve sus pasaportes diciéndole»: —Lo siento, Uds. no van a salir del país. Son las doce de la noche; volver a Los Angeles significa alojar en la plaza pública con todas nuestras petacas, porque no podremos encontrar hospedaje en ningún hotel, menos a esta avanzada hora. En la mejor forma posible hago comprender a nuestro verdugo que en Chicago nos habíamos presentado a la Oficina de Inmigración y que con la intervención del Cónsul General de Suiza había quedado establecido que nuestros pasaportes estaban en perfecto orden. El tipo se traslada a una sección contigua, y vemos, en calidad

de delincuentes, como comienza a poner en acción el teléfono. ¿Con quién hablará? Esperamos tal vez unos diez minutos, que nos parecen una eternidad. Se acerca, y sin una explicación, sin una disculpa y sin mover un músculo de su cara nos dice un seco «All right». Me es difícil resistir el vehemente deseo de echarle una chilénada de mi abundante repertorio carrilano, de los tiempos en que actué como Ingeniero constructor de ferrocarriles. Me abstengo y me doy por feliz de que no me hayan revisado este diario. Si me descubren las críticas respecto de los judíos es más que probable que mi permanencia en los Estados Unidos se hubiera prolongado por unos cuantos meses más, dentro de cuatro paredes...».

Parece que las molestias del viaje en avión las ha sentido más duras que las penalidades del viaje a la zona amazónica y al alto Perú. Dice en una parte: «Dormir en el avión sentado es poco menos que un suplicio; prefiero pasar la noche al sereno sobre un lecho de quilas, a toda cordillera».

Su interés por los Estados Unidos, terminado su mandato rotario, lo lleva a recorrer gran parte de su vasto territorio. Copio a continuación algunos de sus sabrosos comentarios.

«¡Aguante el bolsillo!», es nuestra primera impresión. La existencia de nuestros dólares se derrite como la nieve bajo la acción de un sol tropical.

Se manifiesta asombrado del inmenso terreno cultivado que sus ojos ven y admira la importancia que los norteamericanos han dado a su agricultura «que constituye el factor principal del fantástico progreso de ese país». En sus observaciones recuerda a Chile a cada instante, como cuando dice: «Cuántas veces he tenido que pensar en el gran error que expresó nuestro Ministro Tinsly con ocasión de la inauguración de la Planta Hidro-Eléctrica del Pilmaiquén al decir: «Nadie nos obliga en Chile a volver a la vida pastoril de antaño, tenemos que industrializarnos al cien por ciento! Yo pienso todo lo contrario. El esfuerzo máximo de nuestro Gobierno debería dirigirse hacia el

fomento y la extensión de nuestra agricultura, para tratar de que algún día sea capaz de procurar a nuestra población desnutrida substancias suficientes de vida. Hoy en día el presupuesto del Ministerio de Agricultura es el más reducido, cuando debería ser el más grande».

Es gracioso como comenta su conocimiento de un hogar norteamericano acomodado: «Al regresar a hora avanzada a la casa, nos podemos dar cuenta de lo que es un feliz hogar norteamericano. Los dueños de casa, como también los huéspedes, se trasladan a la cocina, que por supuesto es un chiche de limpieza y de lujo, y se someten a la tarea de lavar los cubiertos del almuerzo. Echamos un vistazo a la despensa y quedamos en duda, si tenemos por delante una botica o un almacén de conservas. Extractos para sopa, concentrados para sabe Dios que plato, cajas de cartón con marca Kellog, una fábrica cuyos productos elaborados a base de trigo, maíz, centeno, etc., no faltan en ninguna casa de este dilatado país: conservas de verduras y frutas secas. Estas materias primas forman la base de los menús. Sobre decir que las comidas constituyen en este país para nosotros la tarea más desagradable de nuestra existencia turística. Un bistecque a lo pobre, un rico pedazo de pan francés con otro tanto de queso u otras golosinas, rociadas con sendas copas de vino chileno, atormentan nuestra fantasía y nos hacen sufrir como a Tántalo».

Como se verá por las muestras que he entresacado de sus impresiones sobre los Estados Unidos, no se sintió allí en forma confortable, y su crítica muchas veces es ácida, apuntando a los grandes problemas que esta gran nación tendrá que resolver en el futuro. Vean Uds. cómo expresa su opinión de conjunto sobre este particular: «Temo mucho que con tu victoria sobre el Japón te pongas imperialista; indicios hacia tal evolución no faltan; el imperialismo no es prerrogativa de determinada raza y son tres, y tal vez cuatro, los abscesos que van madurando lentamente en el organismo de tu Nación. Tus diez y ocho millones

de negros van creando un problema que adquiere más gravedad de año en año. Son ciudadanos americanos y constituyen sin embargo una casta de parias. En las provincias del sur los negros estaban acostumbrados a soportar su inferioridad racial y social. Con la guerra, dos millones han sido desplazados a las provincias del norte, donde se creen libres de los prejuicios que los tenían aplastados, y ahora reclaman igualdad de trato. Sin embargo, este no es el absceso más grave, sino el otro, provocado por tu problema judío. Al manifestar mi deseo de conocer New York, no pocos amigos se extrañaron y exclamaron: ¿Para qué quieren ver esa ciudad de judíos? Y si lo hace tenga mucho cuidado de no proferir en un local nocturno palabras despectivas contra esta raza, si quiere evitarse el llegar con sus huesos rotos a su domicilio». Y continúa despiadadamente contra ellos: «Y será el judío, el que sintiéndose amenazado en su existencia de pólipo, hará reventar el absceso negro, para desviar con ello la atención pública del peligro que él mismo constituye como parásito de la Nación; y en tal lucha él siempre figurará como ciudadano blanco yanki».

«El tercer absceso lo constituye la falta absoluta de brazos, la carencia de empleados domésticos y agrícolas, que impide la existencia de un hogar como existe en todos los países del mundo y de una vida campesina que surta a la mesa al cien por ciento con productos de la tierra».

El cuarto absceso lo señaló el filósofo Keyserling muchos años atrás. «Las mujeres mandan, tú eres el esclavo. Tu constitución social tiende hacia el matriarcado y esto es una aberración que acarreará graves consecuencias».

He transcrito totalmente toda su valiente opinión, porque es digna de una seria meditación.

Al terminar su jira por los Estados Unidos donde sufrió en diversas formas innumerables molestias dice: «Si Dante, al escribir su Divina Comedia, hubiera conocido lo que es viajar

en Estados Unidos en los tiempos actuales, entre los suplicios del infierno habría hecho figurar un viaje en este país».

Su paso por los países de la América Latina están consignados en el libro, en igual forma, es decir con valentía y personalidad.

Sin participar de su opinión respecto a Méjico que consideramos un país en el que se está incubando algo socialmente grande y serio, de importancia trascendental para el indioamericano del futuro, creo de interés dar a conocer algunas de sus impresiones. Refiriéndose a la política agraria dice: «Cabe la pregunta de si la subdivisión de las tierras, con el andar de los años y con la educación agrícola de los nuevos colonos llegue a producir un bienestar y un aumento de la producción. La contestación tiene que resultar negativa si tomamos en consideración que Méjico cuenta con diez y seis millones de indios, cuatro millones de mestizos, que tienen todas las malas cualidades de tales, y sólo un millón de blancos». «Méjico: Bendigo una vez más mi estrella de vivir yo en Chile, país de orden, de democracia, país civilizado, en el cual los indios no andan a pata pelada y andrajosos por la plaza de la capital. Tu ciudad está pletórica de monumentos coloniales, de monumentos modernos, entre ellos, algunos en que los revolucionarios se han glorificado en vida. Y termina diciendo: «En Rusia el comunismo, con material humano muy diferente, tal vez haya dado resultado. Imitar el mismo experimento con 16 millones de indios, me parece de dudoso éxito».

En el Ecuador es invitado a conocer las yunglas del Amazonas, gracias a un amigo suyo geólogo que había sido su huésped en Osorno. Es el Gerente de la Shell en ese país. Dispone sólo de cinco días, pero como su amigo es «hombre de acción y acostumbrado como geólogo a medir el tiempo por millones de años, anula sencillamente nuestra reserva en el avión a plazo indefinido. No me opongo a ello, en primer lugar, por no tener derecho, pues a los amigos turistas que me visitan en Osorno

los trato de la misma manera; en segundo lugar porque el programa nos abre la seductora perspectiva de una excursión al oriente, a las yunglas del Amazonas».

Hombre práctico, hizo firmar por su señora la mitad de los talonarios de cheques en prevención a algún accidente o enfermedad, y he aquí que en esta parte del viaje, se encuentra a merced de ella en cuanto a finanzas: dice entonces socarronamente: «¡Jamás en mi vida me he sentido tan relegado a segundo plano! El hecho no es tan grave como aparenta; sin preocupaciones del diario vivir y unidos para gozar de la vida, no tenemos discrepancias y la luna de miel estaría perfecta, con 24 años menos de matrimonio. A ninguna pareja recién casada, acostumbrada a vivir al nivel del mar le aconsejaría pasar su luna de miel en alturas de tres y cuatro mil metros. ¡No creo necesario dar mayores explicaciones!».

Deseaba hacer sólo un comentario sobre el libro de mi buen amigo don Walterio, pero poco a poco me he ido entusiasmando con su contenido tan interesante, que me he propasado seguramente al citar partes íntegras del texto, pensando que posiblemente muchos de los que lean estas palabras mías no van a tener oportunidad de leer el libro.

Para terminar, y no tan pronto, los llevaré a conocer algunas de sus opiniones sobre su visita al Perú, donde concienzudamente visitó Lima y las ciudades arqueológicas de la república hermana.

Chileno cien por ciento, se complace en comparar y en defender a nuestro país. Dice respecto a unos indios que encontró en Huancayo: «al sembrar papas lejos de la casa, los indios le hurtan de la tierra la semilla recién sembrada; ni la alfalfa ni la cebada están seguras de noche. No podría decir si son factores ancestrales o si es la suma pobreza la que produce este pronunciado raterismo. Por lo que me cuentan, nuestra gente del pueblo es la honradez personificada en comparación con estos indios». «En el fundo en que estamos se celebra todos los años,

con la concurrencia de las escuelas y autoridades, un acto patriótico en conmemoración de las fechorías que dicen haber cometido la soldadesca chilena al ocupar Huancayo el año 1882. Dice la tradición que en esta casa los peruanos habían escondido un tesoro y que los soldados chilenos al no encontrarlo habrían hecho un montón con los muebles y quemado sobre él, viva, a la dueña de la hacienda. Por supuesto que los discursos pronunciados en este acto, no se encuadran precisamente dentro de la política del buen vecino». Afortunadamente al llegar a Arica tiene la suerte de que le presenten al General Cornejo, Veterano de la Guerra del Pacífico. «Su paso elástico, su agilidad física y su memoria compiten con las de un joven de 30 años. Nos enredamos con él en amena charla. Cuando le contamos de los actos cívicos que todos los años se llevan a cabo en la hacienda Peñaloza en Huancayo, Sierra del Perú, salta el General de su sillón y me dice: —«Fué a la compañía mía a la que le tocó ocupar Huancayo; yo era entonces un muchacho de diez y seis años. Sepa Ud. y los peruanos, que el cabo y el soldado que cometieron ese crimen fueron sentenciados a muerte por el tribunal de guerra! Así guardan los chilenos la dignidad, el honor y la disciplina de su Ejército».

Dedica elogios muy justificados a los hoteles de turismo del Perú, diseminados por todos los centros de atracción turística del país. Y recuerda nuevamente a Chile para hacer justa crítica constructiva. Dice: No como la Dirección de nuestros ferrocarriles, que con verdadero tropicalismo, ha cometido el error de construir hoteles *mammut*, como el de Puerto Varas. El gobierno peruano con un espíritu realista y no tropical, como hubiera podido esperarse, se limitó a construir hoteles en estricta relación con la importancia comercial y turística de las ciudades. ¡Cuánto más habrían contribuído al fomento del turismo, diez hoteles de a dos millones cada uno y no el «Rancho Grande» que devoró veinte millones y cuyo fracaso es conocido por todos! Sintetiza por último su opinión sobre el Perú con estas

frases: «En este país todo es sorpresa; el sistema hidrográfico es tan complicado como el laberinto de las cadenas cordilleranas. Todo es problema y rompecabezas. Los caminos y ferrocarriles son complicados; la historia precolombina es problema; la composición etnográfica complicada; las cuestiones político sociales otro tanto. Constituyen ellas un nudo gordiano, que los peruanos, o sea Lima, no han podido desenredar en cuatro siglos, ni serán capaces de hacerlo. Llegará el día, y quién sabe si no está lejos, en que los indios mismos, se encarguen de la solución, aplicando cuchillo. ¡No quisiera ser yo dueño de un fundo en el Perú!»

Por último después de esta larga incursión por tierras de las tres Américas, nuestro incansable viajero, en compañía de su esposa regresa al país. Las frases emocionadas con que termina el libro, hablan elocuentemente de su acendrado amor por Chile, digno del más patriota de los hijos del país. «Mudos mi mujer y yo, cambiamos una mirada llena de emoción. Nada podemos ni tenemos que decirnos. El paisaje habla por nosotros: ¡Chile, bendita tierra chilena en la que las magnificencias de las bellezas del mar y de la cordillera, los lagos cristalinos y los preciosos campos de cultivo forman un armonioso conjunto. Paisajes tan sublimes como no los hemos contemplado en todo nuestro vuelo de pájaro por las tres Américas!».

Al terminar este comentario quiero dejar constancia que a pesar de la modestia del autor, su libro se sitúa de golpe entre los mejores libros de viaje que hayamos leído. Sus observaciones son siempre originales y expresadas en forma objetiva y valiente. Tiene calidad de escritor, a pesar de no dominar a fondo el idioma. Se nos imagina que si algún día don Walterio quisiera aventurarse por los caminos de la literatura, podría llegar a escribir la novela del sur de Chile, dándonos a conocer al hombre rudo y sencillo de sus campos con sus mujeres admirables y a los colonos suizos y alemanes que han labrado su riqueza en esa zona, dentro del marco inigualable de su naturaleza ubérrima.

—ALEJANDRO VÁSQUEZ.